

VIOLENCIA Y VALORES

(Octubre 1998)

Algunos acontecimientos terribles han ensombrecido en estos días el horizonte de la vida cotidiana de nuestra capital. La índole misma de las abominables acciones perpetradas deja en la población una pesada carga de preocupaciones y presagios. Crímenes llenos de crueldad, como el cometido al estrangular a una mujer madre de dos niños, cristiana activa y comprometida de la Iglesia Evangélica, y otros hechos incalificables, estremecen las conciencias y sumergen en el dolor y en la consternación a las familias, a los amigos y a toda la sociedad.

Por medio de esta publicación diocesana, queremos manifestar a la familia de la víctima, Esther Nieto Selles, nuestra más sentida condolencia que acompaña nuestra oración por que Cristo Jesús conceda a Esther el gozo de la Resurrección y fortaleza a su familia en la esperanza cristiana del triunfo del amor y de la vida sobre el mal y la muerte.

Nos sentimos también cercanos, en la oración, a los familiares de otras víctimas.

Se abre ante todos el vacío abismal que estos acontecimientos repetidos generan y surge entonces una doble posibilidad: el vértigo, que puede arrastrarnos al abismo, o la reflexión que nos permita agarrarnos de principios firmes, de razones altas que tiren de nosotros hacia arriba, en sentido contrario al impulso ciego que el vértigo produce.

No resulta fácil intentar compartir esta reflexión, aun con muchos de ustedes, queridos hermanos y hermanas, que son cristianos católicos que frecuentan la Misa cada domingo. Nunca es fácil pensar al borde de un precipicio, donde solo parecen funcionar los resortes instintivos, pero es necesario hacerlo, pues ante hechos tan desoladores se han escuchado, en nuestras mismas comunidades cristianas, opiniones de marcada violencia: «quien hizo eso debe ser fusilado en la plaza pública», dicen algunos, y otros proponen acciones más descarnadas aún, que prefiero no describir.

Si tú sientes así, has dejado que los mismos sentimientos desnaturalizados que hay en el corazón de esos asesinos y violadores tomen por asalto tu propio corazón. Es esta una terrible paradoja: queriendo repudiarlos a ellos te haces como uno de ellos.

No se trata, evidentemente, de que la justicia no aplique el peso de la ley a quien obra mal, sino de conservar la cabeza fría, o mejor aún, el corazón misericordiosamente cristiano, para preguntarnos: ¿pueden solo la escasez, las necesidades materiales, producir hechos de esta índole? ¿Es necesario, para robar, llegar a violar y masacrar? ¿Qué es entonces lo que pasa con esos asesinos y violadores? ¿Es completo su equilibrio psíquico? ¿Qué condiciones en su vida de niños, de adolescentes, de jóvenes los llevaron a despeñarse por la pendiente absurda de la violencia y del sadismo como para ensañarse a veces en personas ancianas o indefensas?

Si somos capaces de detenernos y pensar estaremos más cerca de la justicia, y nos alejaremos de los impulsos instintivos y salvajes. Por eso existen los procesos judiciales, donde todo se investiga, se descubren los factores agravantes o atenuantes y el grado mayor o menor de responsabilidad del delincuente. Este es el modo de responder con humanidad a la barbarie.

Hace poco contemplé con horror cómo, en un país latinoamericano, el pueblo enardecido amarró a un árbol, roció con gasolina y prendió fuego vivo al violador de una joven. Un operador de vídeo tomó impasible la escena completa hasta el último suspiro del infortunado malhechor, mientras la escena era contemplada por hombres, mujeres y ¡niños! de aquel poblado, convertidos todos en cómplices, incluyendo al camarógrafo profesional, de un crimen, al menos tan horrendo, como el cometido por aquel desgraciado.

No creo que esto pueda llegar a producirse entre nosotros, temo más bien que el sentir de muchos se identifique imaginativamente con estas formas de proceder, pensando que la respuesta violenta a actos violentos es la mejor solución para erradicarlos. En este momento de la vida nacional se hace imprescindible que los cubanos aprendamos a enfrentar con enfoques renovados, fundados sobre valores personales, familiares y sociales, esta ola fatal, quizá algo nueva para nosotros, pero que desde hace algún tiempo crece y se expande por el mundo, arrastrando consigo, entre otras cosas, violencia, desenfreno sexual, consumo de drogas y algunas desgracias más.

Estos males nos golpean ya: primero fue visible la prostitución, después comenzaron a llenarse de rejas las ventanas, terrazas y balcones de La Habana por miedo a los asaltos y, desde hace poco tiempo, se produjo subrepticamente la aparición entre nosotros de un agente destructor de las personas y desencadenante de delitos: la droga. Algunas madres llegan a nuestras iglesias llorando porque sus hijos e hijas les llevan el dinero de la casa para adquirirlas.

Hay desorientación en las familias y la simple represión no podrá ser remedio eficaz para estos males que deben ser señalados para advertir a todos de su presencia. En la última situación descrita, la del consumo de drogas, hay que preparar a las familias para que estén día a día atentos a cualquier cambio en el comportamiento de sus hijos y aconsejar a los padres que se muestren en todo momento como amigos que tratan a sus hijos con cariño, sobre todo en sus crisis de cualquier tipo.

La permanencia del adolescente en el hogar y el calor familiar serán decisivos en la batalla por salvar a los jóvenes de cualquier peligro, sea de caer en la delincuencia o de dejarse arrastrar por las drogas o por el alcohol. El regaño airado no funciona, hace falta una dosis grande de paciencia y comprensión. Cuando el preadolescente o el adolescente comienzan a deslizarse por los caminos de la delincuencia, nada que se parezca a una cárcel podrá salvarlos, al contrario, la cárcel se convierte en una horrible escuela del delito donde muchos entran como aprendices y salen bien entrenados.

Siento que estamos, desde el punto de vista psicológico y social, poco preparados para enfrentar una crisis que no tiene que ver, sino en pequeña escala, con las condiciones materiales que afectan a nuestro país, pues esta se halla presente también en sociedades consumistas, incluso con economías de abundancia.

Compartimos globalmente con el resto del mundo, como sucede hoy en todo, una crisis existencial del ser humano, que no sabe su papel sobre la tierra, que no encuentra sentido a su vida, que no descubre un proyecto para el futuro. El muchacho o la muchacha no llegan casi nunca a formular esta desazón conceptualmente, pero la viven con intensidad y con rechazo. Este ha sido el mundo que los mayores les hemos

regalado. Quizá les parezca que lo único bueno es escapar de él por el sexo, por la droga o por el alcohol o dedicarse en su rebeldía a hacer imposible la vida de otros para tratar de vivir ellos mejor o sin esfuerzos. La terapia para estos males ha sido en todas partes un cierto permisivismo complaciente que poco a poco se torna en desenfreno. Perspectivas y soluciones falsas, en las cuales todos tenemos una buena dosis de responsabilidad y, tal vez, de culpa.

Por eso es más fácil, ante la brutalidad de los delitos que hoy deploramos, dar rienda suelta a la ira y descargarla sobre el rufián. Así, la culpa será siempre de otro y no corremos el riesgo de un examen de conciencia colectivo, donde podamos llegar a la conclusión de que, si el mundo está así, todos somos en cierto grado responsables de eso. Responsables por la falta de afecto familiar, por la siembra cotidiana y amarga de violencia en el hogar, en la calle, en el centro de trabajo, por disfrutar solo las películas que traen su invariable cuota de violencia y sexo, por ser intolerantes, incomprensivos, tajantes, por haber hecho un mundo frío, sin exigencias morales, pero también sin lugar para la ternura y el olvido de los agravios, por haber excluido del lenguaje y de la vida las palabras misericordia y perdón. En una palabra, por haber contribuido a una quiebra de valores que ha alcanzado ya a los adultos que se vuelven incapaces, en muchos casos, de infundirlos en las nuevas generaciones.

Pero quiebra no quiere decir ausencia total, sino desorientación e inseguridad. Los individuos y las familias se quedan a menudo perplejos ante los enunciados que les llegan de entidades nacionales o supranacionales, a través de los medios de comunicación, que contienen puntos de vista, indicaciones o sugerencias que van en contra de valores personales, familiares y aún sociales que están incorporados, en alto grado, al sentir del pueblo.

Tengo ante mis ojos una propaganda proveniente de un organismo de Naciones Unidas, que acompaña la difusión del preservativo en centros secundarios de Cuba. En el mismo cartón donde se encuentra pegado el preservativo se lee: «el sexo es el más divertido de todos los juegos, pero en cualquier juego hay que protegerse... con cascos, rodilleras, etcétera». Después se recomienda el uso del preservativo para protegerse de embarazos y enfermedades.

Me produce estupor pensar que se ponga en manos de un muchacho o una muchachita de trece o catorce años un texto avalado por la relevancia del que lo distribuye, donde se lee que «el sexo es el más divertido de todos los juegos». Si esto es cierto, ¿qué impide que, además de ser divertido, sea también productivo? De ahí al jineterismo no hay más que un paso. ¿Y dónde queda el valor superior del amor, con la entrega del corazón a quien se ama, con toda la sublimidad y la responsabilidad que esto conlleva, como fidelidad, dedicación y olvido de sí mismo? ¿Cómo puede luchar la familia, aunque crea en esos valores y los propugne, contra un ataque tan frontal?

Y justamente en esas situaciones se halla la causa de muchos males sociales y no primordialmente en las necesidades materiales de la gente. Creo que hay en nuestro pueblo condiciones para llevar la pobreza con dignidad. Lo que debilita a hombres y mujeres para enfrentar las situaciones difíciles es sentir que se agotan sus reservas morales, que los valores que se estimaron más sagrados hoy quedan relativizados o abolidos. Entonces el ser humano se queda sin armas para luchar y sucumbe de mil modos diversos.

Si al menos la tristeza que nos producen los acontecimientos que hoy lamentamos nos hiciera tomar conciencia de la verdadera naturaleza del problema, algún bien podría salir de tanto dolor.

Al terminar pido sus oraciones por todos aquellos que sienten inseguridad y miedo y quiero que mi bendición llegue a ellos y a todos ustedes.